



Estudios / Investigaciones

## HOMBRES, PODER Y CONFLICTO.

Estudios sobre la frontera sudamericana  
y su crisis

*Emir Reitano*  
*Paulo Possamai*  
(coordinadores)

**HOMBRES, PODER Y CONFLICTO.**  
Estudios sobre la frontera colonial sudamericana  
y su crisis

*Emir Reitano*  
*Paulo Possamai*  
(coordinadores)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata

2015

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Diseño de colección y tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Comunicación Visual

Corrección: Lic. Alicia Lorenzo

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2015 Universidad Nacional de La Plata

Hombres, poder y conflicto. Estudios sobre la frontera colonial sudamericana y su crisis,

ISBN 978-950-34-1235-0

Colección Estudios / Investigaciones 55



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

# Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

*Decano*

Dr. Aníbal Viguera

*Vicedecano*

Dr. Mauricio Chama

*Secretario de Asuntos Académicos*

Prof. Hernán Sorgentini

*Secretario de Posgrado*

Dr. Fabio Espósito

*Secretaria de Investigación*

Dra. Susana Ortale

*Secretario de Extensión Universitaria*

Mg. Jerónimo Pinedo

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales  
(UNLP-CONICET)

*Directora*

Dra. Gloria Chicote

*Vicedirector*

Dr. Antonio Camou

*Director del Centro de Historia Argentina y Americana*

Dr. Fernando Barba

# Índice

<u>Nota introductoria</u> <u>Emir Reitano, Paulo Possamai</u> .....	08
<u>Del Tajo al Amazonas y al Plata. Las repercusiones atlánticas de las guerras entre las coronas española y portuguesa en la Edad Moderna</u> <u>Juan Marchena Fernández</u> .....	12
<b>La guerra en la frontera sur rioplatense</b>	
<u>El presidio de Buenos Aires entre los Habsburgo y los Borbones: el ejército regular en la frontera sur del imperio español</u> <u>Carlos María Birocco</u> .....	117
<u>Los soldados indígenas del Rey Católico: los misioneros en las guerras por la Colonia del Sacramento</u> <u>Paulo César Possamai</u> .....	151
<u>Ataque de la flota combinada anglo portuguesa a la Colonia del Sacramento. El hundimiento del navío Lord Clive (1763).</u> <u>Marcelo Díaz Buschiazzo</u> .....	176
<u>Travessias difíceis: Portugal, Colônia do Sacramento e o projeto Montevideu (1715-1755)</u> <u>Victor Hugo Abril</u> .....	185
<u>Beresford e D. João VI – Uma inesperada confluencia</u> <u>Fernando Dores Costa</u> .....	208

<a href="#"><u>La guerra: una situación límite. Una aproximación al tema: Batalla de India Muerta, noviembre 1816</u></a>	
<a href="#"><u>Juan Carlos Luzuriaga</u></a> .....	234

### **La guerra en la frontera norte rioplatense**

<a href="#"><u>Fortalezas imperiais: Arquitetura e cotidiano (Fronteira Oeste da América Portuguesa, século XVIII)</u></a>	
<a href="#"><u>Otávio Ribeiro Chaves</u></a> .....	256

<a href="#"><u>Resistência e cotidiano da tropa militar do presídio de Miranda: Aspectos da defesa da fronteira sul da capitania de Mato Grosso (1797-1822)</u></a>	
<a href="#"><u>Bruno Mendez Tulux</u></a> .....	282

<a href="#"><u>Os índios Payaguá: guerra e comércio na fronteira oeste da América portuguesa</u></a>	
<a href="#"><u>Maria De Jesus Nauk</u></a> .....	305

<a href="#"><u>De Yatay a Cerro- Corá. Consenso e Dissenso na resistência militar paraguaia</u></a>	
<a href="#"><u>Mario Maestri</u></a> .....	321

### **Frontera en movimiento**

<a href="#"><u>Extraños en los confines del imperio: los portugueses ante la corona española en el Río de la Plata</u></a>	
<a href="#"><u>Emir Reitano</u></a> .....	351

<a href="#"><u>Incidências da guerra en uma fronteira imperial: Rio Grande de São Pedro (1750-1825)</u></a>	
<a href="#"><u><i>Helen Osorio</i></u></a> .....	369
<a href="#"><u>Armas y control. El “negro delito de la deserción” en la Banda Oriental (1811-1816)</u></a>	
<a href="#"><u><i>Daniel Fessler</i></u></a> .....	388
<a href="#"><u>Cruzar fronteiras, conectar mundos. As missões austrais na pampa bonaerense (Século XVIII)</u></a>	
<a href="#"><u><i>María Cristina Martins</i></u></a> .....	416

### **Historiografía, memoria e identidad**

<a href="#"><u>Las guerras coloniales en la historiografía uruguaya de orientación nacionalista</u></a>	
<a href="#"><u><i>Tomás Sansón</i></u></a> .....	438
<a href="#"><u>Las estatuas al Almirante Brown y la “construcción de la Nación Argentina”</u></a>	
<a href="#"><u><i>Diego Téllez Alarcia</i></u></a> .....	455
<a href="#"><u>Los autores</u></a> .....	473

# Introducción

*Emir Reitano – Paulo Possamai*

¿Qué papel ha jugado la frontera en la historia colonial americana? Desde un primer momento, la frontera fue parte de la conquista y colonización de América y se consolidó de las formas más diversas según las regiones del continente. Es así que a lo largo de la historia coexistieron varios tipos: una frontera permeable, pensada como un área regional, y otra más rígida delimitada en torno a una línea divisoria de dos mundos diversos. Esto nos lleva a una interpretación mucho más amplia y compleja del concepto “frontera” por la cantidad y diversidad de factores que engloba. Dicha noción tiene su origen en los enfoques de Turner (1986), para quien el término era elástico y definía una frontera permeable como un espacio abierto a la expansión.

La concepción turneriana de la frontera fue retomada en nuestra historia regional por diversos autores en función de la historia americana. Al respecto Diana Duarte señaló:

Las fronteras internas fueron esos espacios marginales, en donde gente de distintas culturas interactuaba en el marco de condiciones particulares y se desarrollaban instituciones específicas [...] en América Latina se desarrollaron, desde los inicios, distintos tipos de fronteras dadas por el factor humano, la tipología espacial y la actividad económica [...] En tal sentido también debe admitirse que la frontera modeló el funcionamiento de la política, la sociedad y la economía (2000: 16-17).

De este modo, la frontera era un lugar donde existía el contacto y se cruzaban las más variadas influencias culturales, económicas, sociales y políticas.

Debemos considerar también que la conformación de la misma estaba directamente relacionada con el proceso histórico que le daba origen. Así,

podemos afirmar que no existía un tipo único de frontera, sino que adquiría sus propios ribetes de acuerdo a dónde se originaba (Tejerina, 2004: 27-34).

En la actualidad muchos investigadores se encuentran debatiendo sobre la problemática de las fronteras desde varias perspectivas y todos ellos nuevamente diversifican el paradigma tradicional. Estas investigaciones tienen en cuenta las peculiaridades organizativas desde distintos puntos de vista, no solo el político y económico sino también cultural, religioso, étnico y lingüístico. Con este enfoque, el concepto adquiere una forma mucho más amplia y se nos revela como una frontera de límite, de confin, de algo sumamente difuso y cambiante. La frontera genera un espacio en ocasiones poco definido, extenso, claramente permeable y poroso, que permite no solo fenómenos de exclusión y segregación sino también de inclusión e integración a ambos lados de sus propios lindes. Dentro de ese espacio se pudieron generar nuevos y fluctuantes consensos surgidos, en algunas ocasiones, a partir de tensiones y conflictos.

Muchos autores nos preguntamos acerca de las múltiples formas que asumieron las disputas, las rivalidades, las negociaciones y las solidaridades a través de las cuales se manifestaron todas estas transformaciones. Nos preocupan cuáles fueron los intereses en pugna y los medios utilizados para zanjar las diferencias en cada uno de los conflictos, como también qué estrategias predominaron para su resolución y qué papel jugó la violencia, entre otros factores. El libro que el lector tiene en sus manos intenta desentrañar algunos aspectos todavía oscuros sobre la frontera y se estructura en función de estas ideas.

La obra se caracteriza por aglutinar a un grupo de autores heterogéneos desde el punto de vista de su nacionalidad y su formación; sin embargo, todos ellos examinan a partir de sus diferentes miradas las diversas problemáticas generadas en la frontera luso-española. De este modo, el texto intenta romper barreras entre las diversas producciones historiográficas del Brasil e Hispanoamérica.

La introducción temática corresponde a un extenso trabajo de Juan Marchena, quien indaga en profundidad las repercusiones que tuvieron los conflictos hispano-lusitanos de la península en el espacio americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Así, este estudio nos permite adentrarnos en otro plano del libro, que analiza la guerra en la frontera: primeramente, en el sur rioplatense; luego, en un segundo bloque, en la frontera norte de la región platina.

Cabe destacar que para llevar a cabo nuestro trabajo ubicamos al área rioplatense como parte constitutiva de una extensa zona de frontera hispano-lusitana e indígena.

En lo que respecta a las relaciones hispano-lusitanas en dicha zona, podemos observar que la misma fue un espacio de constantes intercambios entre españoles y portugueses. Luego del Tratado de Tordesillas el área rioplatense quedó signada como una región de frontera. La imposibilidad de establecer una longitud terrestre y señalar con exactitud el lugar donde pasaba la línea imaginaria de Tordesillas dejó definitivamente establecida a la región como área de frontera entre las coronas peninsulares. En esta zona las relaciones entre súbditos de ambos reinos se dio de forma muy particular: estos individuos percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, extremadamente alejado de las perspectivas geopolíticas de las respectivas casas reinantes. De este modo, entendiendo al Río de la Plata como espacio de frontera en el mundo tardocolonial, podemos comprender mejor el arribo de los españoles y portugueses que llegaban a la región con la idea de asentarse y ejercer su ocupación en tanto integrantes de la comunidad del ámbito rioplatense.

Siguiendo con la idea de permeabilidad de la frontera, un tercer plano del trabajo se aboca a las fronteras en movimiento. Se entiende a la frontera como ese lugar permeable, abierto, en el que interactuaron todas las sociedades —la hispano-criolla (con sus propios conflictos internos), la portuguesa y la indígena—, donde se generó un complejo mosaico étnico en el cual las coronas peninsulares tuvieron que idear diferentes modelos de control y organización.

Por último, cierran el libro la historiografía, la memoria y la identidad con sus estructuras temáticas singulares. Los estudios hechos bajo esas perspectivas nos permiten percibir cómo la construcción de las fronteras sigue siendo vista y sentida por los historiadores y sus lectores. Esto es muy importante, pues si la demarcación de las fronteras supuso problemas diplomáticos y prácticos en el período colonial, el esfuerzo por determinarlas fue mucho más intenso después de la creación de los estados nacionales que sucedieron a los dominios ultramarinos de España y Portugal en América, y que buscaron, en los tratados entre las dos coronas, establecer las fronteras de los nuevos estados. Todavía hoy ciertas fronteras continúan en litigio en nuestro continente, y por esta razón algunos de los trabajos aquí presentados siguen generando controversias.

Somos conscientes de que este es un aporte que no da por terminada la cuestión de la frontera sino que plantea nuevos interrogantes. Pretendemos de este modo abrir un espacio para el debate y lograr que nuevas investigaciones salgan a la luz, tal vez con diferentes abordajes teóricos y metodológicos dentro de una temática tan compleja en la que aún quedan muchos aspectos por desentrañar.

## Bibliografía

- Duart, D. (2000). Cien años de vaivenes. La frontera bonaerense (1776-1870). En C. A. Mayo (Ed.). *Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulpería, la escuela* (pp. 16-17). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Tejerina, M. (2004). *Luso brasileños en el Buenos Aires virreinal. Trabajo, negocios e intereses en la plaza naviera y comercial*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur.
- Turner, F. J. (1986). *La frontera en la historia americana*. San José: Universidad Autónoma de Centro América.

# La guerra. Una situación límite

## Un ejemplo en la Provincia Oriental: la batalla de India Muerta de 1816

*Juan Carlos Luzuriaga*

### Un tema necesario

La guerra en general y la batalla en particular son circunstancias que llevan a los seres humanos a situaciones límites. Es por eso que nos parece conveniente reflexionar acerca de lo que puede ser una guerra. La realidad de la guerra -y lo que esta implica- está diametralmente alejada de un encuentro deportivo o un juego de video. El riesgo y el horror que conlleva es algo que el hombre sabe desde siempre, como lo expresó Pericles en su oración fúnebre por los caídos “(...) optando por los peligros, confiando a la esperanza lo incierto de su éxito, sostuvieron la guerra con sus cuerpos, y en un brevísimo instante del destino, con la aureola del aliento supremo de la gloria y no del miedo, se fueron”.<sup>1</sup>

En este artículo nos referiremos a los parámetros militares en América meridional de principios del siglo XIX, para luego tratar la guerra y el combate como una situación límite por excelencia para el individuo que la protagoniza. Ejemplificaremos nuestras reflexiones con unas miradas sobre la batalla de India Muerta en la Provincia Oriental,<sup>2</sup> que

---

<sup>1</sup> Discurso de Pericles, en Tucídides: *Historia de la guerra en el Peloponeso*, 431 A. C.

<sup>2</sup> En este territorio se originaron los postulados federales enunciados por José Artigas, quien en 1815 había conformado una liga de provincias opuesta a Buenos Aires. Desde esos años fue conocido como Banda o Provincia Oriental, y sus habitantes con el gentilicio de *orientales*. El arroyo de India Muerta está ubicado en las coordenadas -33.667-54.0667, en el actual departa-

enfrentó a portugueses y artiguistas<sup>3</sup> el 19 de noviembre de 1816.

## Guerra y sociedad en la frontera

La ribera norte del Río de la Plata constituía la extensión geográfica natural del imperio portugués en América del Sur. Las disputas por el territorio entre españoles y lusitanos se sucedieron desde la fundación de Colonia del Sacramento en 1680. A su vez, la fundación en el siglo XVIII de Montevideo y Maldonado junto a las fortificaciones de Santa Teresa y San Miguel en el este de la banda oriental del río Uruguay, señalaron la presencia de la Corona española. La Banda Oriental y Rio Grande do Sul fueron campos de batalla entre ambos reinos. La campaña del general Pedro de Cevallos -primer virrey del Río de la Plata- en 1777 estabilizó la frontera por algo más de veinte años. En 1801, eco de un conflicto en Europa, los portugueses ocuparon las misiones orientales. Las invasiones inglesas de 1806 y 1807 levantaron en armas a la mayoría de la población civil. Los sucesos de 1810 en adelante llevaron a que buena parte de los habitantes tomara partido por realistas o revolucionarios. Posteriormente estos últimos, a su vez, se dividieron en centralistas y federales. Montevideo fue ocupada por los artiguistas en 1815.

La economía de la Banda Oriental y Rio Grande do Sul se basaba en la explotación del ganado semisalvaje que vagaba en sus llanuras (Sainte-Hilaire; 1999: 33-39, citado por Bolfoni Da Cunha; 2012: 75-76). Esto llevaba a que los pobladores de estas tierras estuvieran habituados a derramar sangre.

La ubicación geopolítica había convertido al territorio en frecuente campo de batalla de diversos intereses, por lo que la guerra no era improbable para los pobladores. En las guerras entre países raramente los combatientes cambian de bando; en las guerras civiles, a la inversa, es un hecho relativamente común. A la tensión propia del combate o su inminencia se suman las vicisitudes de optar por un bando u otro, en lo cual inciden motivaciones ideológicas, sociales, económicas, familiares; incluso las circunstancias y el azar también pesan en esos momentos cruciales. Algunas veces el conflicto se procesaba como una confrontación generacional entre padres *realistas* e

---

mento de Rocha, en las cercanías de la localidad de Lascano. Se encuentra a unos 150 kilómetros de Maldonado, 300 de Montevideo o Pelotas y a unos 560 de Porto Alegre.

<sup>3</sup> Artiguistas o artigueños, eran los seguidores de José Artigas, nombrado *Jefe de los Orientales*.

hijos *revolucionarios*. En las cambiantes fronteras del este y del norte las identificaciones políticas se confundían con el lugar de origen, las lealtades y amistades personales y los vínculos familiares. No es de extrañar que algunos protagonistas de relieve y otros -la mayoría- anónimos siguiesen un derrotero personal sinuoso, desde nuestra perspectiva, pero comprensible en los cambiantes años de la revolución iberoamericana.<sup>4</sup> La sociedad en la que vivieron estos riograndenses y orientales era, si la medimos con la perspectiva de inicios del siglo XXI, de una violencia más explícita y aceptada que la actual. Violencias extremas eran usuales y corrientes a inicios del siglo XIX. La esclavitud, por ejemplo, era algo con lo que se convivía o que se padecía. Involucraba un comercio que necesitaba grandes capitales pero tenía un superior retorno económico. Por algunos aspectos físicos y culturales, la sociedad de inicios del siglo XIX difiere de la de nuestro tiempo en forma notoria. La higiene personal no era una preocupación y, en todo caso, los aromas ofensivos se mitigaban -si se podía- con perfumes; de lo contrario se convivía con ellos (Barrán, 1990: 104-105). Las emociones se reprimían menos, por lo que las risas y los llantos se exteriorizaban más. Para los afortunados que habían superado una elevada mortalidad infantil, la expectativa de vida no pasaba la cincuentena. Como curiosidad señalemos que los individuos de hace dos siglos tenían una complexión física más pequeña (O'Donnell y Duque de Estrada, 2004: 228). Hombres y mujeres integraban una estructura jerarquizada, en la que la mayoría aceptaba su lugar como destino natural. Aquellos de posición privilegiada por abolengo o dinero normalmente imponían sus deseos, y el resto de la sociedad debía acatarlos sin mayores cuestionamientos. Esa situación se repetía naturalmente en el seno de batallones, naves y fortalezas; en ellos la autoridad de jefes y oficiales se manifestaba incluso con castigos físicos a las tropas.

---

<sup>4</sup> El riograndense Pedro Viera, conocido como *Perico el bailarín*, natural de Viamão, fue protagonista del grito de Asencio el 28 de febrero de 1811, que significó el alzamiento de la campaña de la Banda Oriental a favor de Buenos Aires. Se unió a los artiguistas, posteriormente los abandonó y se incorporó a los unitarios, y finalizó su carrera política en la revolución riograndense de 1835. Francisco Bicudo y Manuel Pintos Carneiro fueron dos de los tantos portugueses y riograndenses que se sumaron a José Artigas. Cfr. Osório, 2001:163 y ss. Otro de los jefes artiguistas, Tomás García de Zúñiga, era hijo de un brigadier realista. Tomás fue coronel artiguista hasta que, tomado prisionero y distanciado de José Artigas, se unió a Lecor en 1818. En 1826 fue Presidente de la Cisplatina y en 1828 se retiró al Brasil junto con las tropas lusitanas.

## La vida castrense

En tiempos de paz la disciplina era rígida y en teoría se seguía un adiestramiento día tras día en los cuarteles y campamentos. Las tropas en guarniciones lejanas a la metrópoli -como era el caso de las americanas- tendían a conductas más permisivas que aflojaban las normas estrictas. Los ejércitos, marinas y milicias de la época incluían en sus filas desde adolescentes hasta ancianos. El adiestramiento seguido por la mayoría de las fuerzas en la actualidad y de todas en el siglo XIX consistía en practicar una y otra vez diversos tipos de rutinas que concentraban a los soldados en tareas mecánicas pero imprescindibles: la marcha a ritmo de tambor con una cadencia y velocidad determinada que automatiza los movimientos y la voluntad, el ajuste del co-reaje y el orden en la impedimenta que permiten recurrir a lo que se necesita en momentos de peligro sin necesidad de buscarlo desesperadamente, y, sobre todo, la carga del arma en forma adecuada y rápida, que posibilita una cadencia de fuego aceptable. Las tropas montadas debían disciplinarse, ellas y sus caballos. Los artilleros debían tensar sus nervios para acostumbrarse al retumbar de los cañones y a servir sus piezas lo más rápidamente posible ante la amenaza de una carga de caballería o de un destacamento en guerrilla del enemigo. Todos debían conocer los rudimentos al menos del combate cuerpo a cuerpo, por si se llegaba a esta instancia. El oído también debía entrenarse para distinguir las órdenes de los oficiales y sargentos, los toques del tambor o las cornetas que indicaban qué hacer en el combate.

En campaña el soldado se convertía en un nómada. Por meses, a veces años, sus pertenencias personales se reducían a las que podía llevar en la mochila a sus espaldas o en las alforjas de su cabalgadura. Si los territorios en disputa eran extensos y con pocos centros poblados, a menudo las jornadas de marcha de las tropas eran extenuantes. Muchas veces grupos de civiles acompañaban a los ejércitos. Vendedores ambulantes, conocidos como vivanderos, que proveían a oficiales y tropa de diversos artículos. También lo hacían mujeres, algunas esposas o amantes de jefes y suboficiales, otras simplemente prostitutas en burdeles precarios. Eventualmente, se veían envueltas en las consecuencias de las acciones como improvisadas auxiliares de médicos y cirujanos. Muy pocas participaban activamente de los enfrentamientos. La tensión previa al combate y el agotamiento posterior con frecuencia se aliviaban con el consumo de alcohol, lo cual acarrearía previsible problemas disciplinarios.

Los principios tácticos empleados por los diferentes ejércitos eran en general similares. Se preveía la intervención de las tres armas -infantería, caballería y artillería- bajo la dirección de un mando único que previamente les indicaba la misión a cumplir.<sup>5</sup> Se marchaba en columna con destacamentos de reconocimiento al frente. Ante la inminencia del combate las fuerzas se desplegaban como una especie de fortaleza humana, con la infantería al centro y la artillería al centro y los flancos. A campo abierto se partía de una trilogía de funciones: la infantería podía ser dispersada por la artillería pero no por la caballería. Esta última a su vez estaba en condiciones de eliminar con una carga a la artillería pero no a la infantería. Iniciado el combate, era siempre factible que se perdiera el contacto entre el comandante y los diferentes cuerpos, haciendo así difícil la dirección de la batalla.

La técnica militar de la época para la mayoría de las unidades de infantería consistía en marchar y disponerse en línea para combatir a sus similares y en formación cerrada para hacer fuego y repeler la carga de la caballería enemiga. Lo esencial en los infantes era la disciplina estoica de quedarse en sus lugares pese a que sus compañeros fueran cayendo heridos o muertos. Cuando se peleaba con otras fuerzas a pie, el combate podía saldarse en un enfrentamiento a la bayoneta. Para esta etapa era necesario contar con la decisión de seguir avanzando, confrontando con la determinación de las fuerzas enemigas.

La puntería era de importancia secundaria, ya que en las formaciones de infantería se disparaba al bulto a no más de cien metros, y el disparo a la caballería o a cualquier otro blanco en movimiento era aún más aleatorio, dadas las características de los mosquetes de la época. Una excepción eran los rifles de ánima rayada, como los Baker británicos, que permitían hacer fuego con precisión a más de doscientos metros. Estas armas eran costosas y lentas en la recarga, por lo se entregaban a unidades de elite; en el ejército portugués, a las compañías de tiradores de los batallones de *Caçadores*.

La cadencia de fuego era crucial para valorar una unidad de infantería. En los inicios del siglo XIX se empleaban armas de carga por la boca. Este era un procedimiento engorroso y el nerviosismo del combate era difícil de

---

<sup>5</sup> Algunos cuerpos lusitanos incluían desde su creación las tres armas, como la Legión de San Pablo y la División de Voluntarios. Esto hacía que operaran mejor en forma coordinada que otras fuerzas.

sobrellevar para novatos y milicianos, por lo que tropas bisoñas muchas veces hacían un solo disparo. Mientras un novato o miliciano podía efectuar un disparo por minuto, las tropas entrenadas podían duplicar e incluso triplicar ese ritmo. La conclusión es obvia: un pequeño grupo de profesionales, aun en inferioridad de número, disparaba más que sus oponentes más noveles. La caballería tenía un comportamiento algo similar al de la infantería, aunque la movilidad proporcionada por la cabalgadura facilitaba que un individuo con temor o pánico se alejara del combate. Si el jinete superaba el fuego enemigo y el miedo y tomaba contacto tenía ventajas para imponerse, por el impacto de la carga, al jinete opuesto y obviamente a un soldado a pie. La artillería era el arma de alcance mayor, pero su cadencia de fuego era baja. Así se entiende que las formaciones compactas pudieran sobrevivir ante su presencia.

En los ejércitos europeos al filo del siglo XIX entre el 70 y el 90 por ciento de su fuerza estaba constituido por la infantería.<sup>6</sup> En el Río de la Plata y la Capitanía de Rio Grande (Ribeiro, 2010: 118) existía dificultad para conformar las fuerzas de infantería. En las llanuras de América meridional la caballería era el arma preferida por la mayoría de los criollos, que tenían en el caballo una herramienta usual de trabajo. Paralelamente, por sus características era un arma que estimulaba la decisión y el arrojo temerario para iniciar una carga. Los batallones de infantería se formaban con los pocos voluntarios de las villas y ciudades, a los que se sumaban los vagos y delincuentes reclutados a la fuerza. Incluso se incorporaban esclavos que eran liberados para el servicio. Por las grandes distancias a recorrer y por la abundancia de caballada muchas veces esta infantería criolla se trasladaba montada. Otra característica de las fuerzas rioplatenses era el comportamiento que a veces asumían los oficiales. La doctrina europea señalaba que el papel de los oficiales y jefes de las fuerzas era acompañar a sus tropas conduciéndolas sin intervenir directamente en el combate, salvo en defensa propia. Cuanto mayor jerarquía, más alejado estaba de la primera línea, para tener un panorama de toda la acción. En el Río de la Plata, por el contrario, los oficiales muchas veces participaban en el combate, no haciendo caso a lo prescripto

---

<sup>6</sup> “(...) al menos desde la Guerra de Sucesión Austríaca la proporción de la Caballería respecto a la Infantería no se haya modificado y siempre haya oscilado entre un cuarto, un quinto y un sexto de la misma” (Clausewitz, C. von, 2005: 271).

por los manuales (Rabinovich, 2011). Eso sin duda estimulaba la moral de las tropas, al mismo tiempo que las exponía a una desbandada si veían caer a su arrojado comandante.

## Las milicias

En ciudades y villas los vecinos eran llamados a formar parte de las milicias. Los motivaba la defensa de sus casas, bienes y familia. El medio rural, por su parte, veía a menudo el territorio patrullado por partidas de Blandengues en la Banda Oriental o Dragones de Río Pardo en Río Grande. En esta atmósfera, las fuerzas veteranas significaban un referente para los pobladores que se incorporaban a las milicias; no obstante, ese interés no los llevaba necesariamente a ser buenos milicianos. En su concepción inicial las milicias eran fuerzas auxiliares de las tropas profesionales. En tiempos de paz debían adiestrarse lo mejor posible con la supervisión de oficiales y suboficiales de carrera. En guerra debían cumplir funciones de guarnición en centros poblados; ya en campaña, la vigilancia, exploración y hostigamiento, preferiblemente en las cercanías de su región de origen. La mayor parte de las veces estaban más pobremente armadas que las fuerzas regulares y con uniformes precarios (Álvarez, 2012: 24-25). Cuando las obligaciones del servicio se prolongaban comenzaban las dificultades: el período de cosechas, las necesidades de las familias dejadas atrás llevaban a que muchos milicianos abandonaran sus unidades y retornaran a sus hogares. Eso sucedía desde el litoral del río Uruguay hasta Río Grande (Aladrén, 2012: 442). Ya en el campo de batalla, si se enfrentaban en combate abierto contra fuerzas veteranas, la experiencia y aptitudes de estas últimas normalmente se imponían incluso si eran numéricamente inferiores a las milicianas.

## Riesgos y recompensas

La eficacia de las armas de fuego de la época era muy relativa. En la práctica, el alcance de los fusiles no excedía los 75 metros, y solo un muy bajo porcentaje de los disparos tenía efecto a distancias superiores. A cortas distancias, no obstante, el gran calibre de las balas de plomo hacía que un impacto tuviese gran poder de detención y, en consecuencia, sus resultados fuesen terribles. La artillería era el arma más letal si alcanzaba al enemigo, tanto con bala como con metralla. Incluso podían matar a varios hombres a la

vez si se encontraban en formaciones cerradas. Las heridas de arma blanca se presentaban si se empleaba caballería; muchas se ocasionaban en las persecuciones y se recibían en las retiradas. El estar herido aumentaba la posibilidad de serlo nuevamente -o ser rematado- si el sujeto no era auxiliado rápidamente por sus compañeros. Los bajos niveles de higiene y la precariedad de los servicios médicos hacían que cualquier herida fuese peligrosa, y la amputación de miembros, un procedimiento común. De aquellos que quedaban con heridas puede estimarse que una quinta parte fallecía poco después. Entre los que sufrían amputaciones, moría un tercio de los que perdían brazos y la mitad de los que perdían piernas. La gangrena y el tétanos hacían estragos. De los heridos en la cabeza se estima que solo sobrevivía un tres por ciento. Tan temibles como las balas eran las enfermedades, particularmente las infecto-contagiosas; a menudo ocasionaban más bajas que las propias batallas (Meng Kin, 1991: 52 y ss). Si las campañas se prolongaban, la casi constante mala alimentación y las inclemencias propias del clima, en un ejército en marcha, lo podían diezmar más que la artillería enemiga, como comprobó Bonaparte en su desastrosa campaña de Rusia en 1812.

Ante todas estas amenazas cabe preguntarse qué llevaba adelante a los combatientes. Inicialmente la disciplina y las sanciones previstas para los desertores, como el fusilamiento sumario. También influían (Rodrigues Goulart, 2008: 3 y ss) el espíritu de cuerpo; el respeto por los superiores inmediatos; la preocupación por la propia reputación ante camaradas, vecinos y jefes; la creencia en los motivos para hacer la guerra; los reconocimientos; la contribución al éxito del grupo básico y las recompensas contantes y sonantes. No era menor la importancia de encontrarse armado entre civiles que no lo estaban y en esas circunstancias robar a viejos y jovencitos, así como seducir por las buenas o las malas a las mujeres. También, en las llanuras de Rio Grande y la Banda Oriental, el ganado que pastaba libre y que se consideraba botín de quien pudiese llevárselo. Otra recompensa era la aureola que rodeaba al militar, particularmente a los oficiales. En tiempos de guerra los ascensos se multiplicaban para cubrir las vacantes; incluso en algunos casos se cambiaba el escalafón en las fuerzas profesionales y de tropa se pasaba a oficial.<sup>7</sup> En el caso de los milicianos devenidos en tropas profesionales, tenían

---

<sup>7</sup> Tras la acción de Paso Cuello el 19 de marzo de 1817 los sargentos Francisco Rodrigues

en el trascurso de las hostilidades el propio filtro de su desempeño en la carrera militar: los más capaces, fieles y afortunados iban a ascender.

## El combate

La batalla, el combate, la escaramuza en que intervienen los individuos es el momento de prueba, el momento crucial. De hecho, toda la preparación previa tiene o debería tener como objetivo llegar a esas instancias con las mejores posibilidades de éxito. Se va la vida en eso. En palabras de Clausewitz “el combate es a la guerra como el pago en metálico al comercio, porque aunque se produzca raramente, todo está dirigido a ello, y finalmente tiene que tener lugar a pesar de todo y ser decisivo” (Citado por Keegan, 1990: 40). En la guerra, el mundo del soldado se limita a los camaradas con los que convive todos los días. La familia, si la tiene, está lejos. Cuando las noticias se trasmitían a caballo y por naves a vela pasaban años sin saber nada unos de otros: en ese panorama, el individuo se apoyaba en su compañía, su escuadrón. La cohesión de ese conjunto va a ser importante para dar solidez a sus miembros en las circunstancias en que se juega la vida: estar bajo la metralla, esperar la carga de caballería o protagonizarla, aproximarse a la línea de fuego y permanecer en ella acercándose al combate cercano, aquel en el cual se ve el rostro del enemigo.<sup>8</sup>

La guerra es una experiencia extrema en la que los seres humanos exponen su vida; muchos ven en estos momentos la ocasión de probarse a sí mismos. Salvo los psicópatas, los individuos que entran en combate tienen miedo, y lo que determina su comportamiento es hasta qué punto pueden dominarlo sin que se convierta en pánico. Bajo fuego y sometidos a la tensión del combate, cuando los límites de tiempo y los referentes pueden resultar confusos, muchas veces se quebrantan reglas y códigos. La crueldad está en la esencia de la guerra y se aprovecha la desventaja física, psicológica o simplemente numérica del enemigo para imponerse. Como en todas las guerras, en las batallas entre orientales y portugueses hubo quienes exhibieron

---

y Francisco Antonio Pereira del 2º Batallón de Cazadores, a instancias del comandante del batallón, Francisco de Paula Rosado, que solicitó fuesen ascendidos a oficiales. (Queiroz Duarte, 1985: 277).

<sup>8</sup> A esto alude Rattembach, 2005: 108-109.

un valor prodigioso y otros que no resistieron la presión y abandonaron su lugar. Es bueno recordar, aunque parezca obvio, que los individuos no siempre se comportan igual. La mayoría lucha a veces con un coraje asombroso, otras evita el enfrentamiento y casi siempre trata de cumplir con su deber y al mismo tiempo salvar la vida, combinación nada fácil. Además, a menudo resulta borroso distinguir la frontera entre la prudencia y la cobardía, entre el heroísmo y la temeridad suicida.

Combatir era una actividad que ponía a los hombres en situaciones límites. Todos conocían la realidad de la guerra por experiencia propia o por relatos de primera mano: cómo degollar a heridos o prisioneros enemigos, para “aprender a matar” o “para que no sufrieran” (*despenar*) e incluso por diversión. Robar a los cadáveres de amigos y adversarios (*carchear*) era práctica habitual en esas y en todas las guerras. A veces se robaban calzados y prendas del enemigo porque sencillamente eran de mejor calidad. Otras veces, como recuerdo de la acción, como una especie de trofeo.<sup>9</sup> Cuando no se sabe si el día de mañana se va a estar con vida, no es difícil saltar algunas barreras morales o éticas. Así, del robo y vilipendio a los cadáveres se puede pasar, si existe impunidad para hacerlo, a someter a pillaje a los civiles y abusar de las mujeres. Aunque en general los oficiales podían contener a sus hombres, sobre todo si eran regulares, a veces el pillaje era empleado como motivación o recompensa para los que iban al combate.

De hecho, en pocas ocasiones se llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo. Muchas veces el desenlace se basaba en quién se *quebraba* antes, detenía la marcha y después veía qué hacía: abrir fuego o huir. Los relatos y memorias de los soldados en estos desplazamientos hacia el enemigo coinciden en que la mayoría avanzaba como podía, observando de reojo a sus camaradas y tratando de que el miedo no lo llevara a romper la formación y a ser el primero en retirarse. El pánico es sumamente contagioso y se sabía que en la retaguardia los mandos iban a estar prontos para hacer fuego contra sus propios hombres. Si huían solo uno o dos, podían ser detenidos por los oficiales y suboficiales, quienes intentarían evitar la estampida de las tropas (Kindsvatner, 1991: 31 y ss).

---

<sup>9</sup> Nos referimos a llevarse armas, papeles y cualquier bien personal que fuese útil. Una casaca, una manta, un reloj si se trataba de un jefe. Las monedas eran lo primero a despojar. Todos sabían que los soldados llevaban su capital consigo. También a veces como recuerdo se amputaban orejas, dedos y se cortaban barbas e incluso bigotes.

Es una característica de los campos de batalla, particularmente a campo abierto, que los combatientes mueren en gran número si huyen, pues cuando dan la espalda al enemigo es el momento en que más indefensos se encuentran (Keegan, 1990: 82 y ss). Sucede lo mismo si una fuerza es sorprendida por sus enemigos cuando está descansando, por ejemplo. De ahí la importancia de no subestimar al contrario y de la disciplina, pues aun si hay que retirarse debe hacerse en forma ordenada para minimizar bajas. Las retiradas deben efectuarse en forma escalonada, mientras una sección cubre con su fuego el alejamiento del campo de batalla de sus camaradas. Esta función es difícil aun para los soldados profesionales, por los riesgos enormes de enfrentar el avance enemigo ganando el tiempo suficiente para el retroceso que salvará a sus compañeros. Si esto se cumplía, había que tratar de ‘desengancharse’ del contacto de las fuerzas enemigas y volver como se pudiese al grueso de su ejército.

### *Los ángeles de la muerte*

El hombre, como cualquier animal, tiene un rechazo instintivo a eliminar a los de su misma especie sin un motivo valedero, sobre todo cuando el enfrentamiento es cercano y se distinguen las facciones del enemigo. Si se trata de la primera acción de guerra muchos suman a sus incertidumbres el saber cómo se comportarán en el combate; si se tienen hombres a cargo, las dudas se acentúan. En combate, la mayoría de los soldados acompaña el movimiento de su fuerza sin grandes iniciativas.<sup>10</sup> Unos pocos soldados en batalla superan el pánico y eliminan a muchos enemigos en una acción de guerra: estos soldados pueden ser “cazadores” o “guerreros”. Los primeros son aquellos que, pertrechados con determinadas armas como cañones o incluso fusiles de precisión, eliminan a sus enemigos sin riesgo. No distinguen los rostros ni escuchan sus gritos al ser heridos: el matar se convierte esencialmente en una técnica. Los segundos -también muy pocos- son los que están en la vanguardia o cerca de ella, sufren una especie de psicosis que les anula el miedo a morir y a matar, y en forma continua avanzan o retroceden enfrentando al

---

<sup>10</sup> Schneider, un veterano de la Segunda Guerra Mundial en la *Luftwaffe*, divide a los soldados en tres categorías: guerreros o combatientes, cazadores y finalmente batidores; definición esta última que agrupa a la mayoría (1966: 27-28).

enemigo. Se transforman en “ángeles de la muerte”, que con gran habilidad y determinación se dedican a matar a sus semejantes (Kindsvatter, 1991: 46-50). De esto se desprende que la mayoría de los hombres en una batalla es “carne de cañón”: no matan a sus semejantes en la acción y en todo caso se suman a hacerlo cuando están en una posición de clara ventaja, al atacar por sorpresa o con superioridad numérica, acorralando rezagados o rematando heridos. Aun los más valientes, luego de sobrevivir a varios combates y ver caer a sus camaradas, comienzan a considerar que en algún momento su fortuna se va a acabar y eso afecta naturalmente su disposición para la batalla. Si los combates se suceden sin interrupción las bajas aumentan. Si se acumulan las derrotas los hombres empiezan a desmoronarse y a dejar de combatir, rehuir la batalla o simplemente desertar. Consecuentemente las unidades empiezan a desintegrarse.

Para la mayoría de los que arriesgan la vida en la experiencia del combate -y sobreviven para contarlo- ese momento se convierte en un recuerdo imborrable. En esas circunstancias, el terror que vive el individuo lo hace adoptar actitudes que normalmente no tomaría. Una puede ser avanzar o retroceder a pie o a caballo, pasando al lado o incluso por encima de muertos y heridos, camaradas o enemigos, sin inmutarse, con la atención puesta solo en cumplir su intención primera. La sucesión de las acciones genera adrenalina y fatiga al mismo tiempo. Embota el cerebro y las reacciones son las primitivas del ser humano cuando su vida está en juego. Es recurrente la alusión de los combatientes a una ‘neblina roja’ que perciben en el campo de batalla (Hillman, 2010: 95-99). El terror y el miedo a ser muertos a su vez pueden llevar a ejercer violencia indiscriminada, a matar a los enemigos sin importar si están huyendo, se quieren rendir o están heridos. Si se los considera racialmente inferiores o políticamente malignos ese comportamiento se acentúa. Estimula estas actitudes la impunidad con que muchas veces se puede agredir al enemigo disperso o en retirada. Posiblemente la tensión del combate y el miedo a ser lastimados o muertos se desvanecen cuando se ve a los enemigos huyendo frente a los ojos o acorralados. La emoción de sentirse casi a salvo se transforma muchas veces en el deseo irrefrenable de tomar revancha de aquellos peligrosos oponentes que nos aterrorizaron momentos atrás: ahora están inermes y en pánico. Surge difícil de contener el deseo de perseguir y ultimar uno a uno a los fugitivos, hiriendo esas espaldas que sin rostro son presas

fáciles para mosquetes, sables o lanzas. En esas circunstancias normalmente se trataba de tomar prisioneros a los oficiales enemigos respetando sus vidas. Los individuos tampoco se comportaban siempre igual en esas situaciones límites: a veces lo hacían con crueldad, otras con piedad hacia los vencidos.

Una campaña militar, una batalla en la que el individuo participa, es una acumulación de experiencias límite. La alegría de salvar el pellejo luego de una acción se graba en el ánimo de las personas, y para muchas de ellas esos instantes quedan como vida *realmente vivida* (Van Creveld, 2007: 215 y ss).

## La batalla de India Muerta

La revolución en el Río de la Plata por sus principios republicanos era una amenaza para Portugal, por lo que se entendía que se debía responder con una guerra preventiva. Al mismo tiempo era una oportunidad para extender sus dominios al sur. La guerra se desató en tres frentes: las misiones orientales, el norte y el sur de la Provincia Oriental. El ejército portugués contaba con unos 10.000 hombres;<sup>11</sup> los artiguistas con unos 1.500 de tropa veterana<sup>12</sup> y unos 5.000 de milicianos en el territorio.<sup>13</sup>

En agosto de 1816 un ejército portugués a las órdenes de Carlos Federico Lecor invadió por el sur. Ya en la Provincia Oriental, las fuerzas portuguesas proclamaron que iban a defender a los vecinos pacíficos como hermanos y a preservarlos de los insurgentes. La vanguardia estaba a cargo del mariscal de campo Sebastián Pinto de Araujo Correa, quien penetró por el este, ocupando la fortaleza de Santa Teresa. Estaba formada por dos compañías del 2º de Cazadores, cuatro compañías del 1º de Infantería, escuadrón 1º y 2º de caballería

---

<sup>11</sup> En la Capitanía de Rio Grande do Sul a las órdenes del marqués de Alegrete estaban los Dragones de Río Pardo, la Infantería de Santa Catalina y las milicias regionales. Fueron apoyados desde el norte por la Legión de San Pablo Una escuadra a cargo del conde de Viana aseguraba la supremacía en el mar.

<sup>12</sup> En el territorio oriental el ejército artiguista contaba con los regimientos de Blandengues Orientales y Dragones de la Libertad como fuerzas veteranas, a los que se le agregaban tres pequeños batallones novatos de infantería; la “2ª. División de Infantería Oriental” los Cívicos y Morenos de Montevideo. También contaba con pequeños destacamentos de artillería. Para enfrentar a los portugueses en el mar recurrió a la guerra de corso.

<sup>13</sup> Se le sumaban seis regimientos departamentales de milicias regionales, divididos a su vez, en escuadrones, conocidos como *divisiones*, por cada uno de sus partidos. Cfr. Corrales Elhordoy, 2005: 23.

de la División de Voluntarios Reales provenientes de Europa.<sup>14</sup> Se le agregaba un escuadrón de caballería de las Milicias de Rio Grande y otro de la Legión de San Pablo<sup>15</sup> apoyados por un obús: algo más de un millar de hombres. El 24 de setiembre derrotaron a las avanzadas orientales en el paso de Chafalote. Eran observadas por las fuerzas del coronel Fructuoso Rivera, compuestas por unos mil quinientos hombres que formaban dos divisiones de caballería y cuatro de infantería de milicias apoyados por un cañón de cuatro pulgadas.

El miércoles 19 de noviembre al mediodía Rivera ordenó avanzar a su caballería para envolver a las tropas portuguesas. Sebastián Pinto, al ver el despliegue extendido de los artiguistas, dio la orden de avanzar, a su vez, a una fuerza a las órdenes del mayor Mac Gregor tomando como eje una compañía de cazadores, apoyados por el obús y dos escuadrones de caballería. En esta maniobra ocuparon posiciones estratégicas en cercanías del arroyo de India Muerta, fijando a la infantería y caballería de los orientales con el fuego de sus tiradores, algunos equipados posiblemente con rifles Baker. Su obús apoyó el desplazamiento disparando granadas. La caballería portuguesa, por su parte, atacó desbandando a las milicias de caballería enemigas que estaban muy dispersas y que esperaron quietas el ataque sin cargar a su vez a los lusitanos que se aproximaban. Las fuerzas a pie hicieron lo mismo y la pieza artiguista hizo fuego tres veces sin mayor resultado. La infantería y algunos grupos de caballería fueron rodeados; parte fueron aniquilados y otros tomados prisioneros. Los portugueses tuvieron 28 muertos y 50 heridos. Los orientales perdieron la pieza de artillería, munición, armamento y dos tambores; tuvieron más de 200 muertos y otros tantos prisioneros. De estos

---

<sup>14</sup> La División de Voluntarios Reales era una unidad de elite formada a instancias de William Carr Beresford, comandante en jefe del Ejército de Portugal, para su expedición a la provincia Oriental. Este había seleccionado su personal en los Batallones de Cazadores veteranos de las guerras napoleónicas, especializados en el tiro de precisión, en el combate en orden abierto y guerrilla. Estaban inspirados en tropas similares británicas. Los oficiales habían ascendido un grado en la jerarquía al ser elegidos para formar la División. Constituía un pequeño ejército de más de cuatro mil hombres, dos regimientos de infantería a diez compañías, dos batallones de cazadores a seis, una de ellas de tiradores elegidos. Contaba además con un regimiento de caballería a doce, una batería de obuses con cuatro piezas de 5 y media pulgadas y otra de ocho cañones de 6 pulgadas, banda de músicos y hospital de campaña. (Queiroz Duarte, 1985: 164-165).

<sup>15</sup> Formada por dos batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y formaciones de artillería a caballo con unos mil seiscientos hombres (Gomes, s/a: 37).

últimos, los blancos -la mayoría vecinos de la comarca- fueron liberados, y los negros -unos 30- fueron remitidos para servir en la escuadra lusitana. Hasta aquí la versión más o menos tradicional de la batalla, que duró unas cuatro horas. A principios del siglo XIX comenzaron a ser más frecuentes las memorias de los combatientes.<sup>16</sup> Una de estas fue escrita en 1860 por el coronel Ramón de Cáceres, teniente 2º de 18 años en India Muerta. El combate, la violencia desatada, es desde la antigüedad un espectáculo que se espera, al que se concurre; a veces quien participa también observa lo que sucede en la acción (Van Creveld, 2007: 225 y ss). Luego de desplazarse hacia el este desde Montevideo, la fuerza en que estaba Cáceres bajo el mando del comandante Venancio Gutiérrez

(...) Salimos[frente al ejército portugués] a su encuentro, trasnochamos y amanecemos a su retaguardia; volvimos sobre ella, y la encontramos en el puesto de la Paloma, sobre la costa de [arroyo] India Muerta. El brigadier Sebastián Pinto, que la mandaba, se preparó para resistirnos y reconcentrándose todo lo posible, y formando una masa tan sólida como un cuadrado (...) entonces Pintos que era militar, conoció por nuestra formación que era gente muy bisoña la que tenía que combatir, y tomó la iniciativa, destacó como 200 cazadores hacia el centro de nuestra infantería, los cuales (...) se extendieron en tiradores, y echados en el suelo; esperaron a que obrasen sus caballerías, que salieron en dos escuadrones (...) en dirección al último hombre de nuestro costado derecho y al último hombre de nuestro costado izquierdo; los que vinieron sobre este costado venían en dos mitades como de 25 hombres de frente con espada en mano, y al trote (...) el teniente Don Santiago Píriz que mandaba la 5ª compañía (...) para no dejarse matar con los brazos cruzados, mando hacer fuego a distancia de 30 pasos, mas no bien habían descargado sus armas nuestros soldados cuando tenían encima las espadas de los portugueses, que les obligaron a dar la espalda, y fuimos flanqueados como era consiguiente (...) otro tanto aconteció en la derecha y dispersa nuestra caballería; los cazadores enemigos rompieron su fuego ganando terreno sobre nuestra infantería que desmoralizada (...) emprendió su retirada en

---

<sup>16</sup> Los anglosajones son los que más interés han mostrado en el análisis de esta temática.

desorden con dirección al paso de la India Muerta en donde había quedado su caballada ensillada, montó el que pudo, y conforme pasaban el arroyo se dispersaban procurando ponerse en salvo; la mayor parte eran milicianos que deseaban volver al hogar de sus familias.

Cáceres luego se refirió a Fructuoso Rivera

(...) Don Frutos atribuía a cobardía (la retirada); un acto que no sino la precisa consecuencia de su impericia (como militar). Es preciso (confesar) que Don Frutos se portó como un valiente, el solo hizo volver caras al escuadrón que nos había flanqueado por la izquierda (...) Los Talaveras,<sup>17</sup> ó soldados de Caballería de la División de Voluntarios Reales, acababan de venir de Europa, y no eran tan jinetes como se hicieron después (...) lo cierto es que algunos de ellos, venían atados a la silla (...) estos hombres cuando nos flanquearon, no se separaban de su formación en columna para perseguirnos individualmente (...) en esos momentos se aparece Don Frutos, que venía como de retaguardia del enemigo, seguido de tres ó cuatro hombres, venia en caballo tordillo, y sin sombrero no traía más arma que una hoja de espada enastada en una caña tacuara en figura de lanza; pasó el por el costado izquierdo de la columnita portuguesa y al llegar a la cabeza, atropelló a un hombre que venía adelante que sin duda era oficial (...) este al sentir el tropel miró a la izquierda, y Don Frutos después de tenderse casi hasta tocar con la espalda el anca de su caballo, enderezó el cuerpo, y con la lanza en las dos manos, le pegó tan terrible lanzada al portugués, que le sacó toda la espada por el costado derecho quebrando el asta que llevó consigo; el herido hizo el ademán de sacarse la espada y cayó muerto, este suceso hizo contramarchar la columnita y entonces volvieron algunos cuantos de los nuestros, y acuchillaron á los de retaguardia como tres o cuatro cuadras, dejando en ese terreno como 12 o 15 muertos; entonces salió la reserva del enemigo, y nuestra dispersión ya fue completa.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Este término remite a la batalla del 28 de julio de 1809 en la península que enfrentó a españoles y británicos aliados frente a los franceses; se empleaba en el Río de la Plata para referirse a tropas veteranas europeas. No hubo soldados portugueses en esa batalla.

<sup>18</sup> *Escritos Históricos del Coronel Ramón de Cáceres*, publicados y anotados por Aurora

## La batalla y sus protagonistas

Las cifras de muertos y heridos difícilmente transmiten la imagen de un campo de batalla, con la locura del combate y sus momentos finales en los cuales pequeños grupos de combatientes son perseguidos o acorralados. Tampoco los números de bajas nos muestran el después, con los cuerpos de hombres y bestias insepultos aquí y allá, mutilados o desfigurados. No nos llegan los gritos de los heridos y de aquellos que veían cómo los iban a matar en forma irremediable; tampoco los gemidos y estertores de los moribundos, las voces de venganza y los pedidos de misericordia. En esas situaciones límites unos optarán por intentar luchar y huir; mientras que otros tomarán la decisión de rendirse y jugarse a la humanidad del enemigo. Esparcidos por todo el campo se ven correajes, prendas, armas, municiones y objetos personales. La mayoría de los caídos en combate asumen posiciones extrañas, aquellas en las que los sorprendió la muerte. Sus facciones, si no están destrozadas, boquiabiertos, muestran el pánico o la sorpresa. Rígidos y lívidos: es la guerra en su expresión más cruda. En la muerte los individuos aflojan los músculos y vacían sus vejigas e intestinos, ensuciándose. Los vencedores, dueños del campo de batalla, auxilian a sus heridos y revisan a los muertos y prisioneros en busca de algo de valor. Los prisioneros artiguistas cavaron las fosas para sus camaradas y enemigos muertos y luego, liberados, llevaron a sus heridos. Lo mismo hicieron los portugueses.

Según relatan Cáceres y el historiador brasileño Queiroz, fue un combate entre un ejército con mandos profesionales, menor en número pero formado por tropas europeas veteranas bien equipadas y adiestradas, con un adecuado balance de infantería y caballería que se enfrentó con un contingente enemigo algo mayor pero prácticamente sin tropas profesionales, la mayoría vecinos pobremente armados con poca instrucción y sin experiencia de combate. Tal vez a muchos les pesaban sus raíces portuguesas (Parallada, 1967: 233).<sup>19</sup> El resultado era el más previsible: enfrentados soldados contra milicias, se imponen los primeros por estar más adiestrados y experimentados. Muchas

---

C. de Castellanos (Apartado de la "Revista Histórica" Tomo XXIX – Nro. 85-87), Montevideo 1959, pp. 70 y 71. Obsérvese que Cáceres describe a Pintos como militar, remarcando así su carácter profesional que lo diferencia de sus enemigos.

<sup>19</sup> El autor individualiza a vecinos que se unen a los portugueses.

veces se ha manifestado que las fuerzas revolucionarias derrotaron en las luchas por la independencia a tropas veteranas. No fue así: vencieron a fuerzas similares a las propias, milicias en trámite de ser profesionalizadas. Cuando se enfrentaron estas milicias a tropas veteranas fueron derrotadas la mayoría de las veces, como sucedió en las invasiones inglesas y con los artiguistas frente a las fuerzas europeas portuguesas.<sup>20</sup> Rivera -uno de los jefes artiguistas más prestigiosos- quiso sorprender a los portugueses, pero fracasó en el intento. Tal vez hasta ese momento no se había enfrentado a contingentes importantes de tropas profesionales. Hay quienes entienden que Rivera no tuvo otra posibilidad que enfrentarse a los lusitanos.<sup>21</sup> Como se ve en el relato que hace, Cáceres no difiere -en líneas generales- de Queiroz. La narración es clara: la poca preparación de las tropas orientales, la mayoría milicianas, que habían hecho “doctrina” (instrucción) por poco tiempo, como recordaba Cáceres. La infantería portuguesa, por el contrario, con gran disciplina inmediatamente desplegó su cuadro defensivo. Se puede suponer que la acción fue en un principio un breve intercambio de fuego de artillería, para luego producirse el avance de los cazadores apoyándose mutuamente con la caballería. Los artilleros y tiradores portugueses fueron “cazadores” de los milicianos artiguistas, haciendo fuego con precisión a una distancia que les aseguraba la falta de respuesta de sus enemigos. Ahí vino el pánico incontrolable por la mala disposición táctica y porque la mayoría era novata. La indecisión de los escuadrones orientales, la actitud del teniente Piriz, ilustran el momento, nos muestran el comportamiento dubitativo y su transformación en una muchedumbre asustada. No obstante, el detalle de la acción de Rivera no está en Queiroz. Esta acción individual muy posiblemente tiene como víctima al mayor Joaquim Correa de Mesquita, de la caballería de voluntarios. La descripción de la incidencia muestra el distinto papel esperado en el imagi-

---

<sup>20</sup> Hay excepciones. El 8 de diciembre en Sauce, en las cercanías de India Muerta, el capitán Gutiérrez atacó con superioridad numérica —de cuatro o cinco a uno y posiblemente por sorpresa— a una compañía lusitana de un centenar de hombres. Escaparon media docena, setenta quedaron en el campo y el resto, incluidos tres oficiales, fueron tomados prisioneros. Cfr. Queiroz Duarte (FALTA AÑO: 240) y Corrales Elhordoy, 2005.

<sup>21</sup> La crítica la hace el capitán Artigas. Ferreiro, *Revista Militar y Naval* Año XXIX, Nros. 326, 327 y 328, pp. 76 y ss. La defensa, que cita a Ferreiro es de Parallada, 1967: 225 y 228.

nario rioplatense por un jefe de milicias como Rivera<sup>22</sup> y un oficial de carrera europeo como Correa. Este último es sorprendido y ultimado. Venía dirigiendo a su escuadrón en el flanco, como indicaban los manuales, y apenas pudo intentar sacar su sable antes de caer muerto con la lanza clavada en su cuerpo. Los Talaveras, soldados veteranos pero jinetes bisoños, no pudieron enfrentarse con el pequeño contraataque de Rivera, y al huir fueron lanceados y sableados por la espalda hasta que una fuerza de reserva los protegió. La mayoría de los muertos portugueses, 25 en 28, fueron de la caballería de la División de Voluntarios. Se desprende de la descripción del combate que en el arroyo de India Muerta fue donde se produjo la mayor cantidad de bajas de las fuerzas artiguistas en una desordenada retirada. Ahí se materializó una “zona de aniquilamiento” donde los portugueses -creemos que la mayoría milicianos riograndenses de caballería- masacraron a las tropas orientales. Ese fue para algunos el instante en el cual desatar su odio y matar impunemente. Fue, como en la persecución de Rivera, la ocasión para que aparecieran unos pocos *ángeles de la muerte* y todos aquellos que aprovecharon las circunstancias para ultimar enemigos poco adiestrados y aterrados. Fueron solo unos momentos.<sup>23</sup> Una combinación de piedad y conveniencia política llevó a que Pintos ordenase primero tomar prisioneros y posteriormente liberar a los milicianos blancos. Para los negros, por el contrario, significó solamente cambiar de bandera y ser enganchados en las naves de la marina lusitana.

---

<sup>22</sup> Fructuoso Rivera y su hermano Félix se presentaron voluntarios en los inicios de la revolución de la Provincia Oriental en 1811. En ese año “Don Frutos”, que tenía 22 años, ascendió a alférez en la acción de Colla, teniente tras el combate de San José, capitán luego de la batalla de las Piedras, todas en 1811. Ascendió a coronel en 1815 a posteriori de la victoria de Guayabos ante el ejército de Dorrego.

<sup>23</sup> Cuando los partes de guerra informan diferencias muy abultadas entre vencedores y vencidos se puede sospechar con fundamento que, aparte de exageraciones, existieron tropas enemigas sorprendidas o emboscadas y una o varias “zonas de muerte” junto a la probable masacre de prisioneros. Veamos algunas cifras sugestivas. En Carumbé, el 27 de octubre de 1816, se ocasionan 600 bajas a los artiguistas a costa de 29 muertos y 55 heridos (Queiroz Duarte, 1985: 216); el marqués de Alegrete -vencedor en Catalán el 4 de enero de 1817-, menciona 79 muertos y 164 heridos como bajas propias y adjudica a los artiguistas 1.200 muertos y heridos (Queiroz Duarte, 1985: 258). Tras la victoria de Tacuarembó, el parte del conde de Figueira al Ministro de Guerra informa haber ocasionado al enemigo 800 muertos, tomando 500 prisioneros, 4 tambores y una bandera, a costa de un muerto y cinco heridos. Algo parecido puede haber pasado en la victoria de los artiguistas en Sauce.

Esclavos y libertos eran disputados por los contendientes, que apelaban a la requisita y a la manumisión para acrecentar sus fuerzas, siempre necesitadas de combatientes (Aladren, 2012: 435).

Todos los que habían arriesgado sus vidas en la batalla habían vivido una situación límite. Para los muertos fue la última. La mayoría de ellos permaneció en el anonimato, aunque llegó hasta nosotros la identidad de los dos oficiales portugueses muertos, el ya mencionado Mezquita y un joven alférez de infantería, Federico Krusse, sobrino de Lecor. Entre los artiguistas, el capitán Claudio Caballero y su ayudante, el subteniente Gerónimo Duarte de la “2ª. División de Infantería Oriental”.

## La guerra después de la guerra

La guerra como circunstancia excepcional en la vida de los hombres lleva a que muchos de ellos se aferren y confíen en sus camaradas como si fueran hermanos y en sus mandos, como padres. Los hechos que viven juntos -penurias y soledades, el miedo en la batalla y el haber participado como víctimas o victimarios de sucesos sangrientos- llevan a que la mayoría de los que fueron parte de una misma compañía se sientan unidos de por vida por haber compartido la misma experiencia vital. Esos lazos son muy fuertes y motivo de reencuentro entre viejos camaradas una y otra vez. Incluso algunas veces permiten compartir recuerdos entre antiguos enemigos. Fructuoso Rivera en 1820, cuando se desintegraba el ejército artiguista, firmó un armisticio con los portugueses y se sumó al proyecto que creó la Provincia Cisplatina unida al imperio lusitano. Fue uno de sus más destacados jefes militares. Iniciados los sucesos de 1825 regresó a filas orientales, pero mantuvo las amistades que había forjado en su servicio militar con los lusobrasileños. Posteriormente, en 1830 fue el primer presidente del Estado Oriental. Pocos años después fue fundador del Partido Colorado, afín a las posturas liberales. En 1845 era uno de los generales de la defensa de Montevideo. En una rara coincidencia histórica fue nuevamente derrotado en India Muerta, en ese caso por los federales y blancos en la Guerra Grande (1839-1851). El mariscal Sebastián Pinto ascendió a teniente general en 1817 al tiempo que era nombrado gobernador de Montevideo. El 1º de noviembre de 1818 embarcó en la corbeta *María Teresa* con dos docenas de oficiales rumbo a Brasil. La *María Teresa* nunca llegó a destino, y se supone que naufragó en alta mar, pereciendo todos los tripulantes y pasajeros.

La retaguardia es una faceta muchas veces olvidada de la batalla. La muerte de cada soldado solía dejar viudas, huérfanos y madres que perdían a sus hijos. Las mujeres vivían intensamente los dolores de la guerra y la incertidumbre sobre el destino de sus seres queridos en el frente de batalla. Pocos documentos nos han quedado de su papel en las múltiples situaciones dramáticas que les tocó vivir. Muchas a la distancia, algunas acompañando a las tropas, un puñado incluso como combatientes.<sup>24</sup> Los heridos también significaban pesar para la familia y la sociedad, que se prolongaba largo tiempo después de la guerra, incluido el costo económico a los familiares para sostener a los heridos e inválidos de por vida.

## Bibliografía

- Aladrén, G. (2012). Fuga e recrutamento de escravos durante as campanhas militares luso-brasileiras na banda Oriental (1808-1822). En P. Possamai (org.). *Conquistar e Defender: Portugal, Países Baixos e Brasil*. Sao Leopoldo: Oikos.
- Álvarez, R. & Olivero, J. M. (2012). Uniformes de la Patria Vieja: Una contribución para la discusión del tema. Segunda Parte. *Boletín Histórico del Ejército*, 339-342.
- Barrán, J. P. (1990). *Historia de la Sensibilidad en el Uruguay. Tomo I, La Cultura Bárbara (1800-1860)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Bolfoni Da Cunha, J. (2012). *Jaguarão e os Militares. Dois séculos na fronteira*. Porto Alegre: Evangraf.
- Clausewitz, C. von (2005). *De la Guerra* (versión íntegra). Madrid: La Esfera de los Libros.
- Corrales Elhordoy, Á. (2005a). Las Milicias de la Patria Vieja (2ª parte). *Armas y Letras*, 2.
- Corrales Elhordoy, Á. (2005b). Las Milicias de la Patria Vieja. *Armas y Letras*, 1.
- Gomes, E. (s/a). Governo de D. João (1808-21): a reorganização de Exército. En *Revista do Exército Brasileiro*, 145.
- Hillman, J. (2010). *Un terrible amor por la guerra*. Madrid: Sexto Piso.

---

<sup>24</sup> En estas campañas también estuvieron presentes. Cáceres menciona en sus memorias a la cordobesa Juana Bustamante, quien intenta detener la retirada de su escuadrón. La marquesa de Alegrete en la batalla de Catalán realizó los primeros auxilios a portugueses y orientales heridos en el combate.

- Keegan, J. (1990). *El rostro de la batalla*. Madrid: Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército.
- Kindsvatter, P. S. (1991). Cobardes, camaradas y ángeles de la muerte. El soldado en la literatura. *Military Review* (Edición Hispanoamericana).
- Meng Kin, L. (1991). El enemigo no visible. *Military Review* “*El factor Humano*” (Edición Hispanoamericana).
- O'Donnell y Duque de Estrada, H. (2004). Mando, tripulación y guarnición de los buques de la Armada española en el siglo XVIII. En A. Guimerá, A. Ramos y G. Butrón (coords.). *Trafalgar y el mundo atlántico*. Madrid: Marcial Pons.
- Osório, H. (2001). La Capitanía de Río Grande en la época de la revolución artiguista: economía y sociedad. En A. Frega & A. Islas (coords.). *Nuevas miradas en torno al artiguismo*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Parallada, H. (1967). Primera Batalla de India Muerta. *Boletín Histórico*, 112-115.
- Queiroz Duarte, P. (1985). *Lecor e a Cisplatina 1816-1820* (3 vols.) Tomo I. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército Editora.
- Rabinovich, A. M. (2011). Representaciones sociales y prácticas de combate: las figuras del coraje marcial en el Río de la Plata (1810-1820). *Amnis* <http://amnis.revues.org>.
- Rattembach, B. (1965). *El sector militar de la sociedad*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Ribeiro, J. I. (2010). O serviço militar na cavalaria e a afirmação da identidade rio-grandense durante a Guerra dos Farrapos. En P. Possamai (org.). *Gente de guerra e fronteira: Estudos de história militar do Rio Grande do Sul*. Pelotas: Ed. Da UFPel.
- Rodrigues Goulart, F. (2008). Motivação para o combate. *Revista do Exército Brasileiro*, 145.
- Sainte-Hilaire, A. (1999). *Viagem ao Rio Grande do Sul: 1820-1821*. Belo Horizonte-Rio de Janeiro: Editora Itatiaia.
- Schneider, W. (1966). *El libro del soldado*. México: Grijalbo.
- Van Creveld, M. (2007) *La transformación de la guerra*. Buenos Aires: José Luis Uceda Editor.

## Los autores

### Víctor Hugo Abril

Possui graduação pela Universidade Gama Filho (2007), especialização em História do Brasil pela Universidade Federal Fluminense (2008), mestrado em História pela Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro (2010). Atualmente (2011), sob a orientação da Profa. Dra. Maria Fernanda Bicalho, desenvolve uma tese de doutorado sobre os governadores interinos no Rio de Janeiro (1705-1750), no Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal Fluminense, financiado pela CAPES.

E-mail: [victorhugo.abril@uol.com.br](mailto:victorhugo.abril@uol.com.br)

### Maria Cristina Bohn Martins

Pfesorora Titular de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos UNISINOS. Está vinculada a la enseñanza de grado y de postgrado. Becaria de CNPq. Coordinadora del Grupo de Investigación (CNPq) *Jesuítas nas Américas*, es miembro del Grupo *História das Américas: fontes e historiografia*. Magister de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos (1984), Doctora en Historia por la PUC/RS (1999), con su tesis *A festa guarani das reduções: perdas, permanências e transformações*. Tiene experiencia en el área de Historia de América, actuando en temas ligados a las sociedades indígenas y coloniales, dinámicas de frontera, las instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas del mundo colonial y del período independiente.

E-mail: [mcris@unisinis.br](mailto:mcris@unisinis.br)

### Carlos María Birocco

Profesor titular regular en la Universidad de Morón y doctorando de la

Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado dos libros sobre historia regional y varios artículos en libros y en revistas nacionales e internacionales sobre distintas temáticas, entre las que se destacan la evolución de la propiedad de la tierra, la justicia rural y el régimen municipal en el Buenos Aires colonial.

E-mail: [cbiroc@yahoo.com.ar](mailto:cbiroc@yahoo.com.ar)

## Marcelo Díaz Buschiazzo

Licenciado en Ciencias Militares (Estrategia), Profesor de Historia de los Conflictos Armados. May.(R) Ejército (Uruguay). Cursa la licenciatura en C. Antropológicas, Arqueología Investigación (UdelaR-Uruguay). Coordinador General del Proyecto de Arqueología Militar “Campos de Honor”. Autor: *Acciones militares del Cuerpo de Patricios de Buenos Aires en la Banda Oriental (1807-1811)*, Mapa Histórico. Coautor: *Batallas que hicieron Historia (El País, 2005)*, *Las Batallas de Artigas (1811)*. Ha dictado conferencias sobre Historia Militar, Arqueología militar y Fortificaciones en Uruguay, Brasil, Argentina y España.

E-mail: [diazmarcelo@hotmail.com](mailto:diazmarcelo@hotmail.com)

## Fernando Dores Costa

Doctorado en Sociología y Economía histórica. Investiga temas de historia social portuguesa de los siglos XVII, XVIII e XIX. En los últimos años, indagó sobre la historia social del ejército, desde las prácticas de reclutamiento y las resistencias al estilo militar. Autor de *A Guerra da Restauração-1641-1668* (Livros Horizonte, 2004), *D. João VI (em parceria, 2006; edição brasileira, São Paulo, 2008)*, e *Insubmissão. A aversão ao serviço militar em Portugal no século XVIII* (2010). Actualmente es investigador del Centro de Estudos de História Contemporânea del Instituto Universitário de Lisboa.

E-mail: [fernando.dorescosta@gmail.com](mailto:fernando.dorescosta@gmail.com)

## Daniel Fessler

Magister en Ciencias Humanas (opción Historia rioplatense) por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (Uruguay). Integrante del equipo de Investigación *Guerra, orden social e identidades colectivas en la Banda Oriental 1816 - 1824* en el Depar-

tamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y C.E. de la Universidad de la República.

E-mail: [danfessler@gmail.com](mailto:danfessler@gmail.com)

## Juan Carlos Luzuriaga

Licenciado en Historia por la Universidad de la República y profesor de Historia de los Conflictos Armados en el Instituto Militar de Estudios Superiores. Se desempeña como coordinador del Grupo de Estudios de Fútbol del Uruguay (GREFU), en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UdelaR. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Las Batallas de Artigas – 1811-1820* (coautor, Montevideo, 2011); *El Football del Novecientos* (Montevideo, 2009); *Las Campañas de Cevallos: Defensa del Atlántico Sur, 1762-1777*, (Madrid, 2008).

E- mail: [luzuriaga50@hotmail.com](mailto:luzuriaga50@hotmail.com)

## Mário Maestri

Brasileño e italiano, estudió historia en la UFRGS (1970) Brasil, y en la Universidad de Chile (1971-3). Realizó un postgrado en Historia en UCL, de Bélgica, con disertación de maestría sobre África (1977) y su doctorado sobre la esclavitud (1980). Trabajó en FURG, UFRJ, UFRGS e PUCRS. Desde 1996 dicta clases en el programa de PPGH de la UPF. Orientó más de treinta disertaciones y tesis de doctorado en el área de la esclavitud, de la inmigración colonial-campesina y sobre historia del Plata. Dirige la colección Malungo – con más de 25 títulos sobre la esclavitud. Publicó más de treinta y cinco libros en Brasil, Italia, Bélgica y Francia.

E-mail: [maestri@via-rs.net](mailto:maestri@via-rs.net)

## Juan Marchena Fernández

Doctor en Historia Latinoamericana. Catedrático de Historia de América en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y Director del Área de Historia de América y de los programas de Master y Doctorado. Autor de más de cien trabajos de investigación publicados en España, Europa, Estados Unidos y América Latina. Autor en algunas de las principales obras de referencia de historia Latinoamericana: *Historia de América Latina* de UNESCO, *Historia Andina*, *Historia de España de Menéndez Pidal* e *Historia de América La-*

*tina*. Crítica. Pertenece a numerosos consejos académicos y de redacción de prestigiosas revistas de investigación internacionales del JCR. Investigador principal en diversos proyectos de excelencia e I+D+I. Doctorado Honoris Causa por las Universidades Andina Simón Bolívar (Quito), Cartagena (Colombia), Catamarca (Argentina) y Universidade Nova de Lisboa. Miembro de varias Academias de Historia. Director del proyecto de investigación *Apogeo y Crisis de la Real Armada, 1750-1823*, Junta de Andalucía, 2009-2013.

E-mail: [jmarfern@upo.es](mailto:jmarfern@upo.es)

## Bruno Mendes Tulux

Magister en História de la Universidade Federal da Grande Dourados (Brasil). Licenciado en História de la Universidade Federal de Mato Grosso do Sul (Brasil). Professor en la rede privada de ensino em Campo Grande, Mato Grosso do Sul.

E-mail: [brunotulux@hotmail.com](mailto:brunotulux@hotmail.com)

## Maria de Jesus Nauk

Doctora en Historia de la Universidade Federal Fluminense (Brasil) y Profesora del Curso de Graduação e Programa de Pós-Graduação em História de la Universidade Federal Da Grande Dourados. Autora de artículos y libros, entre los que se destacan *O governo local na fronteira oeste: a rivalidade entre Cuiabá e Vila Bela no século XVIII*. Es organizadora del “Dicionário de História de Mato Grosso - período colonial”.

E-mail: [jnauk@hotmail.com](mailto:jnauk@hotmail.com)

## Helen Osório

Professora associada del Departamento de História y del Programa de Pós-Graduação em História, Universidade Federal do Rio Grande do Sul (Brasil); Doctora em Historia, UFF; Investigadora del CNPq. Es autora, entre otros, de *O império português no sul da América: estancieiros, lavradores e comerciantes*, 2007; *Guerra y comercio en la frontera hispano-portuguesa meridional - Capitania del Río Grande, 1790-1822*. In: Fradkin, Raul. (Org.). *Conflictos, negociaciones y comercio durante las guerras de independencia latinoamericanas*, 2010.

E-mail: [hosorio@via-rs.net](mailto:hosorio@via-rs.net)

## Paulo Cesar Possamai

Doctor en Historia Social por la Universidad de San Pablo (Brasil). Es profesor del curso de grado y post grado en Historia en la Universidad Federal de Pelotas (Rio Grande do Sul – Brasil). Actualmente trabaja en una investigación de post doctorado que se propone realizar un estudio comparativo entre las condiciones de vida de las tropas portuguesas y españolas en el Río de la Plata durante la primera mitad del siglo XVIII. Dicho trabajo está radicado también en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

E-mail: [paulocpossamai@gmail.com](mailto:paulocpossamai@gmail.com)

## Emir Reitano

Profesor (1989) y Doctor en Historia (2004) egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor Titular de la Cátedra de Historia Americana Colonial en dicha Universidad. Profesor Invitado en la Universidad Torcuato Di Tella. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Autor del libro *La inmigración antes de la inmigración. Los portugueses de Buenos Aires en vísperas de la Revolución de Mayo (2010)*; editor junto a Alejandra Mailhe del libro “*Pensar Portugal*”. *Reflexiones sobre el legado cultural del mundo luso en Sudamérica* (2008) y autor de diversos artículos y trabajos referidos a la Historia Americana Colonial publicados en Argentina, Chile, Estados Unidos, Uruguay, México, España y Portugal.

E-mail: [ereitano@lpsat.com](mailto:ereitano@lpsat.com)

## Otávio Ribeiro Chaves

Posee una Maestría en Historia Social de la Universidade Federal da Bahia (2000) (Brasil) y un Doctorado en Historia Social de la Universidade Federal do Paraná (2008) (Brasil). Actualmente es Profesor Adjunto en la Universidade do Estado de Mato Grosso. Tiene experiencia en el área de Historia, con énfasis en Historia del Brasil Colonial, centrando su investigación principalmente en los siguientes temas: Modos de Governabilidade na América Portuguesa (século XVIII); Povoamento, Militarização e Escravidão na Fronteira Oeste do Império Português. Es miembro del Grupo de investigación “*Fronteira Oeste: Poder, Economia e Sociedade* - registrado en CNPq”.

E-mail: [otavioribeirochaves@gmail.com](mailto:otavioribeirochaves@gmail.com)

## Tomás Sansón Corbo

Licenciado en Historia por la Universidad de la República (Uruguay, 1990) y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina, 2000). Es docente en Régimen de Dedicación Total de la Universidad de la República (Uruguay) y miembro activo del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SNI-ANII). Responsable del proyecto *Historia comparada de la historiografía rioplatense en los siglos XIX-XX. Surgimiento y consolidación de los estudios, la investigación histórica y los imaginarios sociales en Uruguay y Argentina*. Ha publicado *La construcción de la nacionalidad oriental. Estudios de historiografía colonial* (Montevideo, 2006) y *El espacio historiográfico rioplatense y sus dinámicas (siglo XIX)*. (La Plata, 2011), entre otros libros y artículos.

E-mail: [slbt@hotmail.com](mailto:slbt@hotmail.com)

## Diego Téllez Alarcia

Doctor en Humanidades. En la actualidad es profesor del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Rioja (España). Ha obtenido por sus investigaciones varios premios, entre los que destacan el Premio de Investigación Pablo de Olavide, el Premio Jóvenes Investigadores de la Fundación Española de Historia Moderna y el Premio Iberoamericano de Ciencias Sociales Cortes de Cádiz. Entre sus libros sobresalen: *La Manzana de la Discordia*: (2006), *D. Ricardo Wall. Aut Caesar aut nullus* (2008), *Absolutismo e Ilustración en la España del siglo XVIII* (2010), *Una estatua para el Nelson del Plata* (2010) y *El Ministerio Wall* (2012).

E-mail: [diego.tellez@aurea.unirioja.es](mailto:diego.tellez@aurea.unirioja.es)

El libro comienza su introducción con un trabajo de Juan Marchena quien indaga en larga duración las repercusiones que tuvieron los conflictos hispanolusitanos de la península en el plano americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata. Así, este trabajo permite adentrarnos en el otro plano del libro que analiza la guerra en la frontera; en primer lugar hacia el sur rioplatense y luego, en un segundo bloque, se traslada el análisis hacia la frontera norte de la región platina.

El trabajo ubica al área rioplatense como parte constitutiva de una extensa área de frontera hispanolusitana e indígena.

En lo que respecta a las relaciones hispanolusitanas en el área rioplatense observa que la misma fue un espacio de constantes intercambios entre españoles y portugueses. Luego del Tratado de Tordesillas el área rioplatense quedó definitivamente signada como una región de frontera. La imposibilidad de establecer una longitud terrestre y señalar exactamente el lugar donde pasaba la línea imaginaria de Tordesillas dejó definitivamente establecida la región como área de frontera entre las coronas peninsulares. En esta región las relaciones entre súbditos de ambas coronas se dio de forma demasiado particular. Estos individuos percibían la realidad de frontera como lo cotidiano, muy alejado de las perspectivas geopolíticas de las respectivas coronas.

Siguiendo con la idea de permeabilidad de la frontera, un tercer plano del trabajo se aboca a las fronteras en movimiento, entendiendo a la frontera como ese lugar permeable abierto en el que interactúan todas las sociedades: la hispanocriolla, la portuguesa y la indígena, generando dentro de este mundo un complejo mosaico étnico en donde las coronas peninsulares tuvieron que idear diferentes modelos de control y organización.

Por último, el bloque sobre historiografía, memoria e identidad cierra el libro dejando abierto el debate en la temática planteada.



*Centro de Historia Argentina y Americana  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales  
Universidad Nacional de La Plata - CONICET  
ISBN 978-950-34-1235-0*